

LA APORTACION DE LA EXPERIENCIA DE DIOS A OTRO MUNDO ES POSIBLE

P. Javier Melloni, SJ

El P. Javier Melloni, jesuita, es miembro de la asociación 'Cristianismo y Justicia' y profesor en la Facultad de Teología de Cataluña. Es antropólogo y doctor en Teología. Ha publicado diversos libros sobre la historia de las religiones y forma parte del grupo de asesores del Congreso (Parlamento) de las Religiones del Mundo. Se ha especializado en el diálogo interreligioso.

Original en español

En un mundo no sólo desigual, sino también armado y crispado, en el que crece el recelo y la sospecha de unos frente a otros, en medio también de identidades ofendidas y ofensivas, remitir a la experiencia de Dios comporta ahondar en la conciencia de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que toda identidad —ya sea personal, comunitaria, nacional o religiosa- es recibida. No tenemos la fuente del ser en nosotros mismos, sino que somos receptáculos de una vida que nos ha sido dada. El olvido de sabernos recibidos se torna posesividad, la posesividad en arrogancia y ésta en violencia.

Las diversas tradiciones religiosas expresan y celebran de diversos modos esta pertenencia e invitan a la des-pertenencia de la propia existencia, para que la vida humana devenga donación. Como miembros de la vida consagrada en el interior de la tradición cristiana deseamos testimoniar un modo de ser y de existir, de estar en y para el mundo que sea signo de que no nos recibimos de nosotros mismos sino de Quien nos ayuda a des-pertenernos de nuestra autoposesividad, a través de los tres votos: des-pertenencia de las cosas a través de la pobreza, des-pertenencia de las personas a través de la castidad, des-pertenencia de nuestra voluntad mediante el ejercicio libre de nuestra libertad a través de la obediencia. Este des-pertenecerse, que procede de la conciencia de recibirse de Aquél cuya misma esencia es donación, nos devuelve la inocencia en nuestras relaciones con las cosas, el mundo y las personas. Una bienaventurada sencillez, una segunda inocencia que es capaz de hacer otro mundo posible. La experiencia de Dios, renovada y continuamente ahondada, restituye esta inocencia primordial porque desactiva las pulsiones egocéntricas, ya sean personales

como comunitarias, políticas como religiosas.

Hoy ya no podemos permitirnos una experiencia de Dios particularizada, válida sólo para nuestro grupo o sólo para nuestra tradición. Es cierto que cuando se vive en profundidad, lo esencial de la propia tradición se llega al corazón de las demás, porque todas las religiones están transidas por un único Misterio: la conciencia, el agradecimiento y la celebración que la vida es don y donación. Pero, al mismo tiempo, para que cambie el mundo, tenemos que abrir no sólo nuestra experiencia de Dios sino también nuestra concepción de Él.

Si nuestra mirada está puesta en la totalidad del mundo, hemos de cultivar una experiencia de Dios que sea lo más amplia e incluyente posible. La experiencia espiritual que puede transformar el mundo es una experiencia que, siendo propia de cada tradición, sea interconfesional y transconfesional. Por ello la presentaré desde un universal humano: la respiración. Todos los seres humanos, y los seres vivos también, respiran. En la respiración está contenido el misterio de la vida: recibir y entregar, acoger y ofrecer. Este ritmo es reflejo y participación de lo que sucede en el interior de las relaciones intratrinitarias: el Hijo se recibe del Padre a la vez que se entrega a Él. El Hijo es la exhalación del Padre al mundo, y nosotros devenimos Hijos en la medida que le recibimos y nos incorporamos a este movimiento de donación. Así, la respiración, siendo profundamente cristiana, es también universal, porque toca la esencia de nuestra condición creatural. Sólo cuando nos sentimos criaturas restablecemos el orden justo con la comunidad de los humanos y con el mundo. En la respiración nos encontramos los creyentes de todas las tradiciones. Porque, ¿qué es ser creyente sino saberse recibido de Otro y convertir en ofrenda la propia existencia que no se percibe como pertenencia, sino como donación? Y en la respiración también nos encontramos con los llamados *increyentes*, porque también ellos hacen un acto de fe cada vez que respiran abriéndose a lo que está más allá de sí.

Desglosemos los cuatro tiempos que constituyen la respiración.

1. Inspirar

- 1.1. Inspirar implica acoger y reconocer la necesidad que tenemos del Otro, de los demás y de las cosas. Comporta la confesión de la propia indigencia y la conciencia de la propia finitud. Cada inspiración supone un acto de humildad y un acto de fe. De humildad porque nos reconocemos carentes y necesitados; de fe porque nos confiamos a lo que vamos a recibir. Al inspirar, acogemos y al acoger, nos abrimos. Abrirse es pronunciar el sí primordial al don de la vida que nos llega a través de cada persona y acontecimiento. Supone disponerse a recibir la Vida y, con ella, al Señor de la vida. Se trata de alcanzar una actitud de activa pasividad: es acción,

porque nadie puede hacerlo por nosotros, pero es pasividad, porque acontece en nosotros. Así es también la experiencia de fe: la profesamos libre e indelegablemente, pero es mucho más lo que recibimos con ella que lo que nosotros realizamos. En una cultura que se desvive en el afán por el hacer y que se mide por los logros y los éxitos, el mero hecho de reconocer que es más lo que recibimos que lo que hacemos, ya es experiencia de Dios, porque nos abre al agradecimiento y al respeto ante el Misterio.

Recibir se contrapone a segregar y rechazar. Cuando escogemos y seleccionamos, excluimos y discriminamos. Inspirar implica cultivar una mirada inocente, atenta, transparente. “Todo es revelación, todo lo es al acogerlo en estado naciente”, dejó escrito Maria Zambrano¹. Inspirar la realidad toda, dejar que nos entre por los poros, exponernos a ella, permitir que nos despoje y nos desarme.

Recibir se contrapone también a reclamar. Quien vive desde la conciencia de que no se recibe de sí mismo no puede ser exigente. Percibe la existencia como don continuo y ello le torna agradecido. Al mismo tiempo, en cuanto que se vive desde la conciencia de que todo es don, uno se va tornando incapaz de devorar. Nada más lejos de la experiencia de Dios que la exigencia o el arrebatarse. Son urgentes esta experiencia y esta conciencia para dejar de depredarnos unos a otros y liberar al planeta de la expoliación a la que le sometemos con maestra avidez y nuestra ansiedad.

Urge vivir desde esta conciencia del don si no queremos tampoco devorarnos unos a otros bajo la retórica de los derechos y deberes, código civilizado que oculta el olvido del don.

- 1.2. Aplicado a un contexto interreligioso, inspirar comporta reconocer que en las demás tradiciones también hay inspiración. Ello implica abrirse a lo que las nutre: a sus textos sagrados, a sus símbolos y celebraciones, a sus valores,... lo cual invita a interesarse por ellas, a venerarlas como fuente de inspiración y transformación para sus seguidores. ¿Cómo podremos tener respeto por las demás tradiciones religiosas si desconocemos lo que las inspira? Inspirar con ellas implica conocer sus Escrituras, leerlas con respeto y escrutarlas con la conciencia de estar en tierra sagrada. ¿Quién de entre nosotros ha leído el *Corán*, las *Upanishads*, el *Bhagavad Gita* o algún *sutra* budista? La pregunta no es banal. ¿Qué responderíamos a alguien que nos dijera que nos reconoce y nos respeta pero que no ha leído nunca una página del Evangelio? ¿Cómo conocerán a Jesús si no conocen los pasajes fundantes que hablan de Él y que nos alimentan a nosotros, como cristianos? Esta aproximación está por hacerse. Y hoy es posible realizarla porque en todas las librerías del mundo se tiene acceso a los

grandes textos de las tradiciones religiosas. Este es uno de los signos de la globalización que no podemos descuidar, sino agradecer y acoger: la conciencia de que los diversos legados de sabiduría y santidad pertenecen al patrimonio de la humanidad, más allá de las denominaciones que les han dado origen. Necesitaremos mistagogos que nos introduzcan en esos textos, pero no hay duda de que nuestras liturgias comunitarias tienen mucho terreno a avanzar en este punto.

- 1.3. En tercer lugar, inspirar implica conspirar (co-inspirar). ¿No es acaso esto lo que estamos llamados a hacer todos los creyentes de la Tierra? Y cuando hablo de creyentes, no pienso sólo en los explícitamente identificados o adscritos a alguna de las grandes tradiciones religiosas, sino en todo ser humano que se trasciende a sí mismo en un acto de contemplación y de entrega a los demás por el que reconoce el don que recibe de la vida. Hoy ya no podemos inspirar sin co-inspirar, porque nos necesitamos unos a otros. Como personas consagradas, estamos llamad@s a ir al desierto, esto es, al límite de nuestros territorios religiosos y ponernos a la escucha de la energía y sabiduría de otros métodos y enfoques. Como cristianos confesamos que el misterio de Dios se revela en la sacralidad del rostro del hermano, pero podemos recibir de otras tradiciones el acento de otras sacralidades que podemos descuidar: la madre tierra, el instante presente, la acción ética, la belleza,... Nuestra fe proclama la encarnación de Dios, lo cual nos posibilita la apertura a todo lo humano, hasta poder decir que “nada de lo humano nos es ajeno”. En la capacidad de no sentir nada ajeno podemos descubrir la autenticidad de la experiencia de Dios. Como dijo Simone Weil, “para saber que una persona ha experimentado verdaderamente a Dios no me fijo en cómo habla de Dios sino de los hombres”.

2. Interiorizar

Una vez que se inspira el aire, hay que saber contenerlo durante un tiempo en los pulmones, mientras recorre todo el cuerpo y oxigena cada una de sus células.

- 2.1. La experiencia de Dios necesaria para el mundo de hoy requiere de tiempos de asimilación e interiorización. Y tal vez los requiera más que nunca, dada la extroversión en la que todos vivimos. No voy a demonizar esta extroversión, porque es también una fuente de creatividad extraordinaria. Somos, nos movemos y existimos gracias a ella y al avance científico y tecnológico que posibilita. Gracias a ella estamos hoy todos aquí, ya que hemos llegado en metro, en autobús, en coche, en tren o en avión. Pero este mismo avance nos está resultando devorador y devastador. No se trata de dejar de hacer, sino de actuar de otro modo. “Mi Padre trabaja y también yo trabajo”, dice Jesús (Jn 5,17). ¿Cómo trabaja

el Padre? ¿Cómo trabaja Jesús? Sin agitación ni avidez. A partir de lo que las personas y cosas son, escuchando su latido y pujar internos. Porque el Dios de afuera, el totalmente Otro, es también el Dios de adentro, la mismidad de las cosas mismas. Para ello hay que estar en el propio centro. En cambio, vivimos más bien existencias desquiciadas, en su sentido más literal: dislocadas de su eje. Interiorizar es lo que permite crear un espacio entre nosotros y las cosas, entre nosotros y las personas. Algo de lo que dicen los Evangelios sobre María, “que guardaba todas las cosas en su corazón” (Lc 2,19.51). Guardar en el corazón. Tal es la tarea de la interiorización, su activa pasividad.

- 2.2. En este punto estamos llamados a ser tan radicales como audaces y creativos. Es una de las dimensiones más fundamentales que podemos aportar como creyentes, y aún más como consagrados a Dios, el Absoluto, Otra calidad no sólo del hacer sino del ser se desprende de las personas orantes, de las personas que cultivan la interiorización. Aquí es donde adquiere una particular resonancia el termino con-sagrar, “hacerse uno con lo sagrado”, siendo “sagrado” lo “aquello que confiere realidad a las cosas”². Lo sagrado, entonces, no es algo separado del mundo, sino su mismo núcleo, la médula donde se fundamenta lo real. En todas las tradiciones religiosas existe esta llamada a la radicalidad de la adoración y de la contemplación que no pueden ser sustituidas por ninguna otra actividad. Ello requiere una prioridad en nuestras jornadas, en la elección y selección de nuestras actividades.

En el comienzo del evangelio de Marcos (1,21-39) se presentan veinticuatro horas de la vida de Jesús donde se pone de manifiesto la diferencia entre su actitud y la de Pedro precisamente por el lugar que ocupa la oración en una y otra vida. Jesús ha tenido un día de mucha actividad: por la mañana ha predicado en la sinagoga y ha liberado a un poseso; al mediodía ha sido invitado a casa de Pedro, donde ha sanado a su suegra y donde lo podemos imaginar jugando con los niños de la familia, así como también discutiendo sobre la situación de Israel ante la dominación romana u otras cuestiones religiosas que inquietarían a sus recién elegidos discípulos; después se pasa el resto de la tarde sanando a una larga cola de enfermos que le solicitan. Pues bien, dice el evangelio que “muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, se retiró a un lugar solitario a orar” (Mc 1,35). La actividad y la misión de Jesús son inconcebibles sin este tiempo de oración e interiorización. Jesús sabe que no puede hacer nada por sí mismo si antes no se lo ha visto hacer al Padre (Jn 5,19). ¿Y dónde lo ve si no es durante estos tiempos de contemplación, en los que entrando en su propia profundidad, se adentra en el abismo de Dios? Allí es donde recibe luz, confirmación, unción y lucidez. Así se comprende la respuesta

que da a Pedro cuando le interrumpe en su oración, solicitándole, agitado, que acuda enseguida a la casa porque todo el mundo lo está buscando para ser sanado. Jesús le responde serenamente que no va acudir, sino que va a proseguir su ruta por otras poblaciones para continuar anunciando el Reino. Esta libertad de Jesús, por la que ni crea dependencias ni se hace dependiente, procede de su oración, de su capacidad de interiorizar los acontecimientos y situaciones que vive y releerlos desde otra profundidad. Pedro, en cambio, por no darse este espacio, esta atrapado en la inmediatez de la situación, sin perspectiva alguna.

- 2.3. Cada tradición religiosa cultiva a su manera esta interiorización. Un modo muy sencillo es el que practican nuestros hermanos musulmanes: se detienen cinco veces al día para recordar que, por encima de toda actividad, por urgente o importante que sea, está el absoluto de Dios. Así como en el punto anterior decíamos que estamos llamados a conocer los textos sagrados que inspiran a las demás tradiciones, también estamos llamados a conocer las diversas técnicas y caminos de interiorización. Conocer no es picotear. Sin embargo, para conocer habremos de tantear. Porque si bien todas tratan de abrir la capacidad humana de silencio y de adoración, los soportes con los que se hace varían. Occidente ha desarrollado sobre todo la palabra. Pero hay muchos más registros por explorar: las posturas corporales, la respiración, la danza, el movimiento (*tai chi' chi Qitng*)..., vehículos tanto de unificación como de interiorización. No se trata de una moda, sino de un *kairós*, aunque es cierto se puede caer en una banalización. La diferencia entre las modas y el *Kairós* es que las primeras sólo entretienen, mientras que el *kairós* ofrece una oportunidad para crecer.

La experiencia de Dios introduce en un mundo de inmediateces la hondura del silencio. Estoy convencido de que ésta es una de las aportaciones más importantes que pueden ofrecer las tradiciones religiosas a nuestros contemporáneos, y todavía más en nuestro caso, como consagrados y consagradas a lo Absoluto, de modo que logremos ser más profundos, más serenos, más habitados por la gratuidad del encuentro y de la calidad del momento.

3. Exhalar

El aire inspirado e interiorizado tiene que ser exhalado. No puede quedarse en los pulmones. Lo mismo que nos da vida nos da muerte si no lo soltamos. Inspirar y espirar, prenderse y desprenderse. Exhalar implica ejercitarse en el arte del desasimiento.

- 3.1. Es el tiempo de la entrega. En una buena respiración, la exhalación se hace con el doble de tiempo de la inspiración. Todo lo que somos y

tenemos es para ofrecerlo. La entrega libera. De nuevo aquí el carácter profético de este movimiento. Adiestrados por nuestra cultura a consumir y a devorar, no sabemos soltar ni compartir. Interioridad y solidaridad van de la mano. Son la sístole y la diástole del mismo movimiento. La experiencia de Dios lleva a entregarse, porque Dios mismo es esa entrega. El mundo existe en cuanto que es Dios entregándose a sí mismo a través de las formas. La plenitud de Dios se despliega en la plenitud del dejar ser. Este movimiento de dejar ser, de ayudar a que los demás y las cosas sean, y que lo sean desde sí mismos, es experiencia de Dios, porque participa de su capacidad creadora y alentadora.

- 3.2. La entrega, la exhalación que comporta la experiencia de Dios, no se da al margen de otras formas de entrega, sino junto con ellas. La donación que procede de una profunda y amplia experiencia de Dios no juzga otras formas de darse, sino que se alegra por ellas y con ellas. Me remito a toda la generosidad que se vive en plataformas alternativas que surgen más allá de las instituciones políticas o religiosas, como el Foro de Porto Alegre y muchas otras iniciativas en las que no estamos presentes. La entrega capacita no sólo para entregarse más, sino para descubrir allí donde hay existencias, que no se han constituido en el centro de sí mismas. Por tanto, la experiencia de Dios comporta el desarme ideológico. El mal de las ideologías o de una experiencia de Dios ideologizada está en su incapacidad de salir de sus propios parámetros, en su bloqueo para reconocer y acoger lo que está más allá de ella. Entregarse comporta la desabsolutización de la propia entrega.
- 3.3. Los modos de darse pueden tener acentos diversos. Los podemos simplificar en dos: el profético y el sapiencial. Digo sapiencial y no místico, porque entiendo que el polo profético también es místico aunque se presente con carácter más abrupto. Se expresa con el anuncio que denuncia. Que otro mundo es posible es dicho con contundencia y con urgencia, incluso con indignación, en nombre de tanto dolor acallado o ignorado. El mundo tiene necesidad de este talante profético. Pero también existe el tono sapiencial, que parte de una mirada llena de silencio que no invita a la rebelión ante el dolor, sino a la reverencia. Mirada serena, honda, infinitamente paciente, que sabe leer la otra cara de las cosas. Clamor y silencio forman parte de estar en el mundo en estado de entrega, con una exhalación lenta y serena, confiada, sin ansiedad ni precipitación alguna, aunque el mundo en el que estamos necesite de cambios urgentes. Valga como testimonio de este segundo modo la siguiente profesión de preceptos budistas, realizada por la Orden Constructores de la paz (*Peace maker Order*), que forma parte de la llamada “corriente de espiritualidad comprometida” :

“Hago el voto de vivir consciente del principio del ‘no saber’, consciente del desconocimiento que de la Realidad Absoluta tiene mi-visión limitada, renunciando a toda idea fija respecto a mí mismo, a los demás y al universo.

Hago el voto de atestiguar el júbilo y el sufrimiento del mundo.

Hago el voto de sanarme a mí mismo y a los demás.

Consciente de la interdependencia entre el Uno y el Todo me comprometo con las siguientes prácticas espirituales:

Reconocer que no estoy separado del todo.

Estar satisfecho con lo que tengo.

Abordar todas las creaciones con respeto y dignidad.

Escuchar y hablar desde el corazón.

Cultivar una mente que ve con claridad.

Aceptar incondicionalmente lo que cada momento tiene que ofrecerme.

Expresar lo que perciba como la verdad sin culpa y sin culpar.

Usar todos los ingredientes de mi vida.

Transformar el sufrimiento en sabiduría.

Honrar mi vida como un instrumento de paz”.

Ante textos así, uno no puede más que alegrarse de tener semejantes compañeros de camino, sin que hayamos de coincidir en los nombres que ponemos a la Realidad Última o Ser Último que nos motiva.

4. Sostenerse en el vacío

4.1. Los seres humanos tememos el vacío porque nos experimentamos como seres carentes y necesitados. Nuestras ansiedades y agresividades provienen de nuestra incapacidad para confrontarnos con la carencia y la vacuidad. Sin embargo, las mujeres y hombres de Dios buscan este vaciamiento. “Alégrate, María, llena de gracia”. Llena de gracia estaba María porque estaba vacía de sí misma. La experiencia de Dios lleva a este vaciamiento que está más allá de la entrega. En la entrega todavía controlamos nosotros. En el vaciamiento ya no. Pertenece a la esfera de Dios, allí donde nosotros perdemos pie. Con palabras del Maestro Eckhart:

“Cuando el fuego terrestre, bajo la forma de una chispa, inflama la madera y la hace arder, la madera asume la naturaleza del fuego y se vuelve semejante al mismo fuego (...). Cuando el fuego comienza a hacer efecto, alumbra la madera y la hace arder, la vuelve muy pequeña y desemejante consigo misma, le quita todo lo que tiene de grosero y de frío, el peso y la humedad del agua, y la vuelve cada vez

más semejante a su propia naturaleza de fuego. Pero ni la madera ni el fuego encuentran apaciguamiento, satisfacción ni reposo en ningún calor, pequeño o grande, ni en ninguna semejanza, hasta que el fuego no se haga uno con la madera y le comunique su propia naturaleza, su propia esencia, de tal forma que no haya mas que un sólo fuego, idéntico y sin ninguna diversidad ni ninguna distinción. Pero antes de llegar a eso, se produce siempre un furioso combate y una batalla, rugidos y luchas entre el fuego y la madera. Cuando toda diferencia ha sido destruida y borrada, el fuego se calma y la madera se calla”³.

Para que la naturaleza de la madera se haga semejante a la del fuego tiene que haber consumido su propia sustancia. Esto es el vacío. La entrega de Jesús culmina en la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Entregando su espíritu, murió, y al mismo tiempo que moría, resucitaba, traspasando su espíritu al mundo. En el Evangelio de Juan, Pentecostés empieza en la cruz.

El vaciamiento de Jesús es camino para la resurrección. ¡Cuánto queda todavía por vaciarse en nosotros, en nuestras instituciones y en nuestras tradiciones religiosas! Hablamos de mantener nuestras identidades, y es cierto, hay que hacerlo. Pero, la paradoja está en que el grano sólo germina cuando muere. Nuestras identidades, tanto congregacionales como eclesiales, nacionales, políticas o confesionales, no son fecundas mientras están blindadas. Nuestras identidades no nos pertenecen sino que somos depositarios de lo que ha sido vertido en ellas. Sólo son fecundas cuando las ofrecemos hasta el final, sin hacer propaganda de ellas, sino cuando las ponemos a disposición de los demás. La fe en Cristo Jesús no es un límite para el cristianismo, sino el impulso para ir más allá de todo límite, tal como él traspasó las murallas de Jerusalén. Allá, totalmente anonadado, es cuando más es sí mismo, cuando más manifiesta quién es: el Señor, vaciado de toda forma de poder.

- 4.2. Así alcanzamos la dimensión más radical de aquel des-pertenecerse del que hablábamos al comienzo. Mientras estamos a la defensiva, también estamos a la ofensiva, y de este modo no hay encuentro alguno. Para transparentar a Dios hay que estar dispuestos a perderse, más allá del sello de la propia confesión. Ello nos lleva a lo que los místicos han llamado la Nube del no-saber. En el acallarse de la llama y de la madera también se acallan las palabras. Y en este silencio de nuestro hablar, de nuestros discursos y de nuestras ideas, es donde todas las tradiciones religiosas, como también las agnósticas, están llamadas a encontrarse. Toda teología es, en último termino, apofática. Sólo así dejamos de hablar sobre Dios para dejar que sea Dios quien hable. En esta capacidad de silenciamiento se refleja la autenticidad de la experiencia religiosa. Las palabras pertenecen

a nuestro ámbito. Todas las tradiciones religiosas son parciales en su hablar sobre Dios. Por ello, su término está en dejar que sea Dios quien hable a través de ellas. Y para ello han de estar vaciadas.

- 4.3. En este espacio vacío puede emerger lo nuevo: con el silencio de lo antiguo. No porque lo antiguo sea distorsionante o sea impedimento por sí mismo, sino porque lo hemos podido hacer demasiado nuestro y ocupa un lugar que no permite incorporar lo que está por venir. Cuando los pulmones han vaciado todo el aire, pueden volver a inspirar aire puro. La experiencia de Dios se caracteriza por esta novedad permanente, por su irrupción que descoloca y sorprende, como las apariciones de Jesús resucitado. El Señor que ha atravesado la muerte se manifiesta a sus discípulos más allá de donde se le esperaba, hasta el punto de que les cuesta reconocerle. Y cuando lo reconocen, se desvanece para que no puedan retenerlo. Cristo resucitado y el Espíritu que sobrevuela las aguas de la Tierra y de la historia desde el origen de los tiempos se siguen manifestando sin que los reconozcamos, más allá de los parámetros mentales, simbólicos y religiosos con los que los hemos fijado. Pero siempre, entonces como ahora, el signo de que nos encontramos con el Resucitado radica en los efectos que deja: en la zarza que arde sin consumir (Ex 3,3-4; Hech 2,3-4) y que impulsa a liberar al propio pueblo, en la brisa que serena (IRe 19,12-13) en medio de la persecución, en la paz que deja en los corazones (Jn 20,19-20; Lc 24,36) liberando de la opresión del temor, en la pesca abundante que no desgarrar las redes (Jn 21,11), en el retorno a la comunidad con los corazones ardientes (Lc 24,32), que impulsa a compartir la experiencia recibida y a continuar juntos la aventura de la misión compartida.

Si los relatos fundantes de nuestros orígenes tuvieron que encontrar nombres y símbolos para expresar una experiencia de fe que rompa los moldes de la tradición en la que se inscribía, hoy nos hallamos ante una situación similar que requiere la misma audacia, confianza y discernimiento. Vaciados los pulmones, un nuevo aire debe entrar en la Iglesia, de modo que seamos capaces de inspirar conjuntamente con los demás creyentes del mundo y compartir con ellos símbolos y metáforas que nos dinamicen.

5. Conclusiones

Así hemos recorrido el ciclo completo de los cuatro tiempos de respiración. Como consagrados y consagradas, todo lo que podemos hacer es vivir con un máximo de cualidad estos cuatro momentos, que son cuatro actitudes ante la vida: acoger, interiorizar, ofrecer y desprenderse hasta la completa vaciedad para que pueda irrumpir Dios de nuevo, libres y desasidos, disponibles para lo que se nos presente: el reto de un mundo diferente, necesitado de audacia y

también de paciencia, de identidades profundas pero no blindadas, de profetismo insobornable y también de silencio, capaces de sentir nuestro el destino de seis mil millones de hermanas y hermanos, dispuestos a conspirar con lo que a cada tradición inspira.

Quisiera concluir con un texto elaborado por diversas tradiciones religiosas para el IV Parlamento de las Religiones del Mundo (Barcelona 2004):

OFRECIMIENTO AL MUNDO

*“Nosotros, ciudadanos y ciudadanas del mundo,
Gentes del camino, gente que busca, herederas y herederos del legado
de antiguas tradiciones,
queremos proclamar:
que la vida humana es, por sí misma, una maravilla; que la naturaleza
es nuestra madre y nuestro hogar,
y que ha de ser amada y preservada;
que la paz ha de ser construida con esfuerzo,
desde la justicia, el perdón y la generosidad;
que la diversidad de culturas
es una gran riqueza y no un obstáculo;
que el mundo se nos muestra como un tesoro
si lo vivimos desde la profundidad,
y las religiones quieren ser caminos hacia tal profundidad;
que, en su búsqueda, las religiones encuentran fuerza y sentido
en la apertura al Misterio inabarcable;
que hacer comunidad nos ayuda en esta experiencia;
que las religiones pueden ser un camino de acceso
a la paz interior, a la armonía con uno mismo y con el mundo,
lo cual se traduce en una mirada admirativa, gozosa y agradecida;
que las personas que pertenecemos a diversas tradiciones religiosas
queremos dialogar entre nosotros;
que queremos compartir con todos
la lucha por hacer un mundo mejor,
por resolver los graves problemas de la humanidad:
el hambre y la pobreza,*

La aportación de la experiencia de Dios a otro mundo es posible

*la guerra y la violencia,
la destrucción del medio natural,
la falta de acceso a una experiencia profunda de la vida,
la falta de respeto a la libertad y a la diferencia;
y que queremos compartir con todos
los frutos de nuestra búsqueda
de las aspiraciones más altas del ser humano,
desde el respeto más radical por lo que cada uno es
y con el propósito de poder vivir todos juntos,
una vida digna de ser vivida”.*

¹ *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona 1977, p. 51.

² A partir de la raíz indoeuropea “sak”, que significa “conferir realidad”.

³ *Libro de la consolación divina*, II, Ed. comunicación, Barcelona 1998, p.50-51.52